

TESTIMONIO Y VULNERABILIDAD: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE SABERES FEMINISTAS

Testimony and vulnerability: Towards the construction of feminist knowledge

ANA FORCINITO

Universidad de Minnesota, Estados Unidos
aforcini@umn.edu

RESUMEN

En este ensayo examino la vulnerabilidad del testimonio, a partir de una serie de interrogantes que se anclan primero en la frágil dificultad de dar cuenta de uno mismo (a través de los trabajos de Judith Butler y Adriana Cavarero) y luego en la vulnerabilidad que además se superpone a la primera cuestión cuando pensamos en narrativas de mujeres en torno a la violencia sexual (con los estudios de Debra Bergoffen y Elizabeth Jelin). Por medio de las narraciones testimoniales de mujeres en Chile, Uruguay y Argentina, analizo por una parte, la narración testimonial como una práctica que hace visible la fragilidad de la narración y por otra parte, la fragilidad de la construcción del saber. El testimonio que utilizo en este ensayo expone los paradigmas de verdad como asociados a los lenguajes dominantes que los sustentan (y en los cuales, la queja feminista debe hacerse oír, en términos de que son justamente esos lenguajes los que acallan la posibilidad de las mujeres de narrar sus experiencias). En la intersección de las vulnerabilidades que las hace visibles y audibles, la práctica testimonial reclama un nuevo paradigma en la construcción de saberes que no sea cómplice de la violencia contra la vulnerabilidad de la narración y de los cuerpos, así como tampoco de la violencia contra las mujeres.

Palabras claves: Testimonio, Vulnerabilidad, Género, Narración, Terrorismo de estado

ABSTRACT

In this essay I examine the vulnerability of testimonial narratives, through a series of questions: the first questions are anchored in the fragile difficulty of giving an account of oneself (through the works of Judith Butler and Adriana Cavarero). Then, I examine questions about another layer of vulnerability, related to women's accounts about sexual violence (through the works of Debra Bergoffen and Elizabeth Jelin). Through testimonial narratives by women in Chile, Uruguay and Argentina, I analyze, on the one hand, testimony as a practice that provides visibility to the fragility of the narrative of self and, on the other hand, to the fragility of the construction of knowledge. The narratives that I use in this essay expose the paradigms of truth as associated to the dominant languages that support them (and in which, the feminist demand should be heard, because it is precisely those languages that silence the possibility of women to narrate their experiences). At the intersection of the vulnerabilities that make them visible and audible, testimonial practice calls for a new paradigm in the construction of knowledge that would not be an accomplice of the violence against the vulnerability of the narrative and the bodies, but neither of violence against women.

Keywords: Testimony, Vulnerability, Gender, Narration, State sponsored terrorism

“**T**emblando, dejando todo lo que queríamos,” dice la narradora de uno de los relatos testimoniales uruguayos, “Afiladoras de flechas”, cuando da cuenta del inicio de su exilio: “Como en el teatro, dice, mientras el despliegue del ejército se concentraba en nuestros vecinos, nosotros nos retiramos de la escena disimuladamente” (Taller Género y Memoria ex-presas políticas, 2001: 40). Con estas palabras que “tiemblan” como sus cuerpos, nos presenta la perspectiva de una niña y sus hermanas en su confrontación doméstica y recurrente con los militares para relatar sus últimos días antes de dejar el país, entre el terror, los allanamientos y la ausencia del padre detenido. El relato es una respuesta a la llamada de ex-presas políticas uruguayas a narrar la experiencia de la dictadura a través del testimonio o la ficción y que culmina con la publicación de tres volúmenes llamados *Memoria para armar*. Publicado en el primer volumen de esta colección, “Afiladoras de flechas” retorna a la irrupción de la violencia militar en el mundo de juegos de la narradora, sus hermanas y su abuela con la entrada reiterada de la policía, que repite siempre las mismas preguntas: “¿Dónde está tu padre? ¿Lo viste? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? ¿Dónde lo ven?” (Taller Género y Memoria ex-presas políticas, 2001: 38). La narración enfatiza la resistencia que las niñas tejen a través de las respuestas, muchas veces monosilábicas, con las que las responden: “No, no. Sí. El otro día. No, no. Nunca.” (Ibíd.). La abuela y las niñas ponen en escena un rol preparado especialmente para estas irrupciones. Pese a esta resistencia, el terror está presente: se hace cuerpo en una de las hijas que se orina del miedo pero que igualmente calla o limita sus respuestas a monosílabos. La actuación teatral se sintetiza en ese prepararse de las niñas “para decir ‘No sé a todo’” mientras las fuerzas represoras las interrogan acerca del padre.

Lo que la narración tiene de testimonial concierne no tanto a la relación con la verdad que tiene el relato (y no pretendo negar que lo tenga pero sí quiero señalar que se enfatiza el fingimiento de lo que saben y de lo que piensan a través del cual sobreviven) sino más bien con la vulnerabilidad que inunda la narración, en diferentes aristas: la de las niñas, cuyas vidas son interrumpidas por la violencia, la de la narradora (la niña menor) que expone su cuerpo como el espacio que expresa con vehemencia su fragilidad (cuando no puede resistirse y se orina de miedo) y la del relato mismo, anclado en silencios y negativas, y en recuerdos lejanos que usan la creatividad de la narración para dar cuenta de una realidad que parece rebasar los límites de comprensión de la narradora.

El cuerpo y la precariedad (ese cuerpo que tiembla, ese miedo que se hace cuerpo) parecen disputar, en este relato, el lugar central que tantas veces tiene la verdad en las discusiones sobre el testimonio en el ámbito de los estudios literarios y culturales.¹ No porque

1 No me refiero aquí solamente a la relación del testimonio y la verdad en el escenario jurídico, sino que pienso sobre todo, en los debates acerca de la tradición testimonial latinoamericana, principalmente en torno a las discusiones que surgen en el latinoamericanismo litera-

no pueda asociarse justamente la vulnerabilidad a ese otro estatuto de verdad que el relato pone sobre la mesa, sino porque la verdad no parece asociada a la relación narración- evento en una matriz representativa, sino en una matriz afectiva y expresiva.² Este breve relato, como muchos otros de la colección *Memorias para armar - uno* no intenta negar o cuestionar la verdad que el gesto testimonial convoca, pero tampoco rehúye la posibilidad de la ficción (la convocatoria del volumen se refiere a relatos ficcionales o testimoniales) y por lo tanto propone repensar construcción de saber y la dimensión subjetiva de la memoria. En este diseño de las memorias “para armar” de esta colección de relatos (como de los testimonios literarios o documentales en general), la vulnerabilidad ocupa un lugar central a la hora de pensar sus sujetos narrativos, sus cuerpos y sus narraciones. Y es esa fragilidad (del cuerpo y del relato) la que emerge como el lugar en el cual la verdad testimonial se articula.

La convocatoria de este número por parte de Claudia Bacci y Alejandra Oberti también ubica la discusión sobre lo testimonial en una paradójica zona de tensión: por una parte, la marca subjetiva que expone zonas vulnerables de la memoria y del gesto testimonial mismo y la necesidad de construir saberes con esas narraciones testimoniales, marcadas por esa vulnerabilidad. Y, por lo tanto, invita a repensar el lugar que ocupa lo vulnerable en la construcción de saberes y más aún en el impacto que tiene su puesta en escena sobre los paradigmas con los cuales pensamos la corporalidad. El testimonio, que no solo registra denuncias, sino que además hace visibles las narraciones de testigos sobre violaciones a su dignidad, puede ser leído en diferentes umbrales de interpretación. Son justamente las marcas interpretativas de un tiempo específico las que transforman el sentido político de lo que viene a hacer visible. Y si el testimonio hace visible un mundo incomprensible, también nos invita a ver el límite de lo visible, cancelando la ilusión de que es posible reconstruir la trama del pasado a

rio-cultural en torno a los testimonios de Rigoberta Menchú (Guatemala), de Domitila Barrios de Chúnigara (Bolivia), o la novela testimonio de Miguel Barnet (Cuba), en la vertiente del periodismo investigativo, como el caso de Rodolfo Walsh y su *Operación Masacre* o en las discusiones sobre la producción testimonial a partir del Premio Casa de las Américas en su categoría testimonio. Muchas de estas discusiones giran en relación a la verdad y a la noción del testigo, pero desde un punto de vista que tiene en cuenta el pacto de lectura que se establece con un texto testimonial y sobre la medida en la cual ese pacto puede o no entablar un diálogo con la ficción.

2 Me refiero al excedente del evento que permite recuperar o sugerir la ficción o la poética para representar los contornos afectivos o emocionales asociados a los eventos que se narran que a través de modulaciones de la voz, llantos, cambios de tono en el cine documental, o incluso silencios y en las “transcripciones” de esas modulaciones y omisiones en la escritura. Esos excedentes del lenguaje articulado y representacional no pueden dejarse afuera de la consideración de lo testimonial y su verdad. Remito a Dori Laub (en “*Bearing Witness or the Vicissitudes of Listening*” y “*An Event without a Witness*”) y a Kelly Oliver (en “*Witnessing: Beyond Recognition*”). De diferentes formas, estos autores proponen un por el y al cuestionamiento que hacen de una noción de la verdad testimonial que no acepte la entrada de esas otras verdades (dudas, vacilaciones, emociones, silencios, suspiros y olvidos, por ejemplo) para proponer, en cambio, que forman parte de la narración del evento pero también de la existencia del evento, en el sentido de que la narración es lo que le da existencia o al menos, existencia significativa.

través de saberes sedentarios que muestren la verdad sin mostrar las zonas vulnerables de la narración con las que se construye esa verdad. Se hace necesario en este punto enfatizar que me refiero sobre todo a los testimonios asociados a la literatura o al cine y que son, o bien narraciones de sí gestionadas por el mismo testigo, o narraciones que son incluidas dentro del cine documental y por lo tanto, en ambos casos, instancias públicas del testimonio, donde el testigo articula una denuncia y da cuenta de su experiencia, de su interpretación de esa experiencia y de las emociones, las fragmentaciones, los balbuceos y los silencios asociados a esa experiencia traumática. No es mi intención hacer una categorización de las diferencias entre testimonios que tienen lugar en diferentes escenarios (el jurídico, el de las organizaciones de derechos humanos, el de la práctica cultural, ya sea artística o literaria, el de los archivos) ni de repensar el debate que habitó a los estudios testimoniales literarios sobre la figura del editor, gestor o solicitante en cuanto a su propia parte en la narración del testigo (a través de preguntas, de diálogos o incluso del poder que tiene en la selección y edición del testimonio).³ Lo que sí quiero enfatizar es que o bien en la narración en primera persona a cargo del testimoniante, o bien en la grabación que deviene publicación, o bien en el diálogo que se publica o se edita, o bien en el documental que enmarca las narraciones testimoniales con imágenes visuales y textos que intervienen en la interpretación y la visualidad del testimonio, o incluso en instancias jurídicas o asociadas a comisiones de verdad, el testimonio implica una narración frente a otro y en ese sentido una colaboración o una disputa. En ese espacio intermedio en el cual el testimoniante se abre frente a otro es donde se ubica/se expone la vulnerabilidad de la narración. Pero es en ese espacio también el lugar donde residen las expectativas de quien escucha esa narración, entre ellas, la de la verdad, y las marcas interpretativas y los saberes previos con las cuales se acerca al testimonio.

En este ensayo quiero explorar la vulnerabilidad del testimonio, a través de una serie de interrogantes que se anclan primero en la frágil dificultad de dar cuenta de uno mismo (y aquí resuenan Judith Butler y Adriana Cavarero) y luego en la vulnerabilidad que además se superpone a la primera cuando pensamos en narrativas de mujeres y su puesta en escena de la vulnerabilidad del cuerpo. A través de algunas citas y ejemplos de narraciones testimoniales de mujeres en Chile, Uruguay y Argentina intento repensar, por una parte, la narración testimonial como una práctica que hace visible la fragilidad de la narración y por otra parte, la del saber. Y, asimismo, como una práctica que en la intersección de estas vulnerabilidades reclama un nuevo paradigma en la construcción de saberes que no sea cómplice tanto de la violencia contra la vulnerabilidad de la narración y de los cuerpos, como, más específicamente, de la violencia

contra las mujeres.

EL TESTIMONIO COMO ARTE DELICADO

En su estudio sobre la narración sobre uno mismo, Adriana Cavarero (1997) compara la narración con el arte (“delicado arte”, son sus exactas palabras) y se refiere, siguiendo a Hannah Arendt, a su poder de *revelación*, como opuesto al intento de definición que muchas veces ostenta, sin poder cumplir, la filosofía. Dice Cavarero (1997: 10):

La narración, es bien sabido, es un arte delicado la narración ‘revela el significado sin cometer el error de definirlo’. A diferencia de la filosofía, que por miles de años ha persistido en capturar lo universal en la trampa de la definición, la narración revela lo finito en su frágil singularidad (*unicidad*), y le canta a su gloria (traducción mía).

Plantea entonces que existe una singularidad (*unicidad*) que se expresa en la narración y cuya revelación resiste la universalización. Sin embargo, el testimonio en el marco de los derechos humanos tiene lugar en el marco de la universalidad de la dignidad humana. Pero su revelación expresa en cambio una singularidad que encuentra, como tal, un lugar en los relatos oficiales de la memoria que se elaboran a partir de testimonios de sobrevivientes. Por lo tanto, partiendo de un reclamo de universalidad, la narración testimonial aparece como una bisagra entre el relato de las comisiones de verdad (como relato alternativo a la obligatoriedad del relato asociado a la dictadura y la criminalidad del estado) y la narración individual que revela eso “único” y singular del sujeto de la narración, aunque también su fragilidad y su vulnerabilidad en ese abrirse (o incluso exponerse) a la interpretación de los otros.

En Cavarero (1997), es en esa fragilidad expuesta en el acto de la narración donde se manifiesta (aparece) la confirmación de la existencia del narrador y de su singularidad. Este escenario en el que ubico al testimonio, a partir de estas observaciones de Butler (2005) y Cavarero (1997), es relacional, es decir es un espacio en el cual la escucha del testimonio y el sujeto testimonial se encuentran o desencuentran, y donde el sujeto del testimonio es reconocido como tal (o no) por el lector (o oyente o espectador). Como en el ejemplo inicial, el terror de la narradora (que tiembla en su cuerpo y en sus palabras) se hace presente “como en el teatro” (Taller Género y Memoria ex-presas políticas, 2001: 40) para quedar expuesto frente a nosotros, los lectores. Por lo tanto, ese contacto es además el sitio en el cual se despierta (o no) la respuesta ética frente a la vulnerabilidad del otro, una respuesta que no es ajena a las pautas culturales que habitan al lector o la escucha y que también tiene un importante rol en la construcción de saberes.

³ Remito aquí a Michael Pollak y Natalie Heinich (1986) y a su estudio comparativo acerca de los diferentes tipos de testimonios, desde el formato judicial, el de los archivos, los textos autobiográficos, y donde se pone en juego no solo la reconstrucción de los eventos sino además la restauración del sentido identitario.

LA NARRACIÓN VULNERABLE

Cuando⁴ Giorgio Agamben (1998) piensa en la existencia de “una laguna esencial” en la médula misma de la práctica testimonial, propone entender el testimonio mismo como una práctica imposible. Dice Agamben: “En otras palabras, los sobrevivientes dieron testimonio de algo que es imposible testimoniar” (1998: 12). Esta aproximación es retomada por Ricardo Forster (2003) en su lectura de *Lo que queda de Auschwitz*, cuando da cuenta del siguiente nudo ético-epistemológico: declarar indecible el horror puede ser sacralizarlo. Pero, agrega Forster (2003: 219),

abordarlo como un acontecimiento, complejo y arduo, terrible en su horror, pero reducible a la inteligibilidad científica supone cercar con los instrumentos de la razón y la lógica aquello que en gran parte, se ha sustraído a toda inteligibilidad o, mejor dicho, a aquello que se niega a ser comparado con otras formas de la iniquidad humana.

La narración testimonial, ubicada en este nudo queda marcada por silencios y lagunas que son, por una parte, las señas de identidad de su ser vulnerable y la sugerencia de la necesidad (ética) de una revuelta en términos de la construcción de saber. Las ausencias de saber, las inconsistencias de la memoria y la imposibilidad de la narración de dar cuenta del evento que se propone testimoniar pueden ser leídas justamente (y esto es lo que intento repensar en estas páginas) desde la posibilidad de revelación del sentido que tiene la narración, no como narración documental sino como “arte delicado”, es decir justamente desde su no pretensión de definir sino, por el contrario desde su fragilidad (es decir desde esa misma imposibilidad de testimoniar) y desde la poética que acompaña todo arte narrativo.

Es justamente en el intento de articular el sentido inaccesible del evento traumático donde se expone tanto el abismo irrepresentable como el fracaso de su narración y donde se afirma al mismo tiempo, como sugiere Cathy Caruth (1996, 2013), la supervivencia y no el trauma, como el núcleo mismo de lo narrado. Las poéticas que entran en juego en este proceso expresan esa derrota del lenguaje a través de un reflejo: muestran un no saber, no entender y no ver claramente como manifestaciones precisamente de aquello que no somos capaces de decodificar, y por lo tanto recordamos como un no saber.⁵ Y es en esa fragmentación de lo testimonial,

⁴ Retomo algunas de las observaciones que hice en *Los umbrales del testimonio* (Forcinito, 2012), donde enfatizaba el lugar de la escucha en la posibilidad de existencia del testimonio, para seguir repensando la fragilidad que viene a exponer el testimonio en cuanto a la construcción de saberes acerca del pasado. En su trabajo sobre el testimonio Pollak y Heinich (1986) se refieren al silencio que no está asociado al olvido como una estrategia en la gestión de la identidad y lo vinculan tanto al trabajo de ajuste a un entorno ordinario como a un trabajo en torno al ajuste con normas éticas (e interpretativas) que pertenecen al presente.

⁵ Remito al ensayo de Susana Kauffman (2014) sobre el testimonio, en particular en lo que refiere a la fragmentación del testimonio y a la consideración del trauma tanto en la narrativa como en la transmisión del trauma y a los efectos que se hacen visibles en las generaciones que siguen.

en esas aristas que recorren la verdad de un trauma que no se puede traducir al lenguaje, donde emerge justamente la fragilidad del testimonio y esa verdad que el énfasis en la reconstrucción del evento no permite ver.

Comienzo tomando como ejemplo el testimonio de Nora Strejilevich (1997), *Una sola muerte numerosa* y esta cita en la que Strejilevich recuerda los momentos posteriores a la tortura: “Quiero ver donde estoy, me bajo la venda y por primera vez abro los ojos. No sirve de mucho. La oscuridad lo abarca todo” (1997: 31). La fragilidad de la narración testimonial está aquí anclada en la limitación de poder dar cuenta del entorno a través de los sentidos. Se expone aquí el límite del cuerpo que se traslada a la narración, una “precariedad” a la que Judith Butler (2005) piensa como constitutiva del relato que intenta dar cuenta de sí mismo y que sugiere aquí Strejilevich se origina en la dificultad o imposibilidad de dar cuenta del entorno. La subjetividad (y esto es central en el argumento de Butler en *Giving Account of Oneself*) emerge en esa relación con los otros, aunque al mismo tiempo, esta emergencia que tiene lugar en este espacio relacional da cuenta de la opacidad del sujeto y de la dificultad misma de “dar cuenta de sí”. La narración que acabo de citar *revela* la fragilidad del cuerpo, pero también la limitación (la de la posibilidad de narrarse) que viene de esta opacidad: narrar y no abarcar completamente y al mismo tiempo narrar y revelar justamente la singularidad del sujeto de la narración. En este caso, la narración nos lleva justamente al límite, y es en ese límite donde reside la fragilidad del testimonio y una nueva propuesta acerca del saber que el testimonio viene a construir. Butler (2005: 41) también entiende que es precisamente esa “incoherencia” la que puede resultar en la base de una relación ética, al repensar la falta de transparencia de todo sujeto y por lo tanto la opacidad del sujeto y su narrativa. Y sin embargo, es también esa inconsistencia la que pone en jaque al testimonio, tal vez precisamente por la forma en que el testimonio pone en jaque la construcción de saber que se pretenda sin fragilidad y sin lagunas.

EL PACTO DE LA VERDAD Y SUS DESBORDES

Lo que el testimonio tiene de poético (o incluso de ficcional, para seguir los lineamientos propuestos por Jacques Derrida) es lo que permite explorar aristas de la narración y las poéticas a través de las cuales emerge esa singularidad del sujeto

narrativo (eso precisamente que lo convierte en “único” y que

tiene un enclave en su vulnerabilidad). El testimonio, y en especial el que está asociado a la literatura, revela la verdad a través de desbordes que vienen a dar cuenta de los límites del testimonio entendido solamente en torno a la evidencia. Y son estos límites los que ponen en escena la vulnerabilidad del sujeto y su saber al mismo tiempo que la afirman. Derrida (2000) sostenía

que no existe el testimonio que no involucre “la ficción, simulacro, disimulo, mentira y perjurio” y agregaba que era justamente ésa la posibilidad de la literatura que entra en escena para “jugar inocentemente a pervertir todas estas distinciones” (2000: 29, traducción mía). En este sentido, el testimonio vendría a interrumpir tanto la ilusión de verdad como la de ficción. Hay que subrayar, sin embargo, que esa ficcionalidad no está relacionada con la verdad del sobreviviente como falta, sino que tiene que ver con que sus narraciones intentan dar cuenta de un registro de la experiencia que está muchas veces en un lugar despedazado de la representación. Las narrativas testimoniales están habitadas por una poética a través de la cual emerge el sujeto narrativo y el entramado de los recuerdos que devienen relato. Si como sugiere Butler (2005: 17) “No hay un hacerse a uno mismo (*poiesis*) fuera del modo de la subjetivación” [*“There is no making of oneself (poiesis) outside the mode of subjetivation”*], entonces es en esa poética o en ese arte narrativo donde emerge un sujeto, en el sentido de su “mostración” frente a otro, pero también de su exhibición como cuerpo vulnerable.

El testimonio de Edda Fabbri, que recibe el premio Casa de las Américas en 2007 (*Oblivion*) explora justamente estos nudos y estos desbordes para proponer al proceso mismo de narrar, en su dimensión abarcadora del evento, como una tarea imposible. En su narración (por cierto muy poética) sobre su experiencia como presa política durante la dictadura uruguaya, Fabbri sostiene que “la memoria no es lo que pasó”, sino “sus huellas” aunque además recalca la importancia de volver a ver lo que escapa a la mirada (“no sólo la huella tosca, sino también lo invisible”). La poética de lo invisible como respuesta a la fragilidad de la mirada es donde Fabbri localiza el lugar de la memoria. Es ahí en ese retorno a la invisible y a la huella donde se diseñan nuevos derroteros de la narración, que hoy en día sirven no sólo para acompañar las prácticas de los derechos humanos, sino para afirmar todo aquello que no puede ser reconstruido y, con ello, la propia imposibilidad del lenguaje para testimoniar. Su narración se aleja del género testimonial como denuncia para documentar las dificultades del recuerdo y el uso de metáforas, metonimias e imágenes visuales como partes del recorrido de una memoria que se sugieren también como el recorrido de sus frágiles aristas. Escrito muchos años después de la experiencia, interroga la relación misma entre lenguaje y evento para pensarla desde la estética visual.

Strejilevich (2006), por su parte, también aborda el testimonio desde su poética para referirse al “arte de narrar”. E insiste en esta fragilidad a través de una serie de estrategias narrativas (y estéticas) que hacen visible ese poder de revelación de la práctica testimonial al mismo tiempo que los límites de la narración. Ya desde la dedicatoria se mencionan las múltiples voces que se tramam en la escritura (el libro está dedicado “A quienes me contaron sus vidas hasta largas horas de la noche...”), poniendo así de relieve al testimonio no solo como narración de sí mismo sino como la narración que concierne a las narraciones de otros. Es decir, un acto de

revelación de quien es el narrador, pero es depositario de las narraciones de quienes le narraron sus historias. La poética testimonial juega aquí un rol importante y hace uso de un *collage* de testimonios anónimos, citas de periódicos, citas del *Nunca Más* donde los testimonios, las declaraciones de represores, testimonios de víctimas que se entranan con historias más personales, con segmentos ficcionalizados y donde lo colectivo de la voz (reforzado por los múltiples testimonios) como estrategia de cohesión va acompañado de fragmentación y de un énfasis en las resquebraduras de la representación. Ni la vulnerabilidad de la narración sirve de impedimento al testimonio ni se usa la poética del testimonio para encubrir esa vulnerabilidad, sino por el contrario, para subrayarla como una forma de construcción de saber, basada doblemente en el entramado de voces testimoniales y en la presencia de diferentes narraciones, que resisten al relato cronológico y que no cuentan una historia del principio al fin, sino que están interrumpidas, fraccionadas, reorganizadas y presentan diferentes voces narrativas.

Tanto en el texto de Fabbri (2007) como en el de Strejilevich (1997), el testimonio, como narración de sí (una narración que por cierto incluye la escucha de otras narraciones), admite los caminos sinuosos que, sin poner en cuestionamiento su pertinencia en la construcción de la verdad jurídica, sirven como una invitación a explorar las fisuras que produce la literatura testimonial a toda narrativa que proyecte la ilusión de invulnerabilidad y que se resista a dejar lugar a los silencios, a los saltos y a las lagunas del saber. Se trata de las ausencias, de las brechas, de los huecos del saber y del narrar, que se hacen presentes, pero no como desecho sino como parte integrante de la trama de la memoria. Y es justamente en textos que recuperan la poética de la narración donde es posible detectar otra dimensión del testimonio en su relación con la construcción de saberes y con las pautas epistemológicas con las que se supone que se construyen esos saberes.

INTERSECCIONES DE VULNERABILIDADES

Es justamente en la exposición del cuerpo vulnerable como cuerpo sexuado donde los paradigmas del saber y del pensar asociados al cuerpo y a la biopolítica parecen colapsar. Las narraciones testimoniales que ponen en escena la violencia de género y las lecturas que intentaban hacer caso omiso del abuso sexual revelan no solo la fragilidad que reside en dar cuenta del cuerpo, en “ponerlo ahí”, sino además la de narrarlo (o no narrarlo) desde la clave sexual y de transformar la narración en la medida en que se van habilitando lecturas que proponen una relación más respetuosa y ética frente al abuso que sufrieron las mujeres. Podría decirse que esa vulnerabilidad adquiere la forma de una exposición del cuerpo y la subjetividad que resulta avasallada por las lecturas que pasan por alto la violencia sexual para ponerla en un plano invisible. Al pensar en la centralidad del cuerpo en las narraciones testimoniales, Elizabeth Jelin (2012: 347) plantea la paradoja que existe para el

sujeto testimonial: puesto que el evento que quiere denunciar (la violencia sexual) implica una violación de la privacidad e intimidad de la víctima pero al mismo tiempo la narración de ese evento implica hacerlo público. Y agrega, entonces que el sujeto narrativo necesita contar esta historia en un espacio de confianza, en un espacio donde exista una escucha (2012: 347; 2017: 236). Al mismo tiempo, ese espacio, como había sugerido Jelin (2002: 114) anteriormente, la lectura o escucha del testimonio siempre corre el riesgo de ser entendido como “voyerismo, como una invasión de la privacidad del/la que cuenta”.

Voy a referirme aquí a dos ejemplos separados por uno de los hitos más importantes en la transformación de la clave interpretativa de la violencia de género para dar cuenta del impacto que tiene el testimonio en el desmontaje de paradigmas ciegos al género y en la construcción de nuevos saberes, y para repensar, por otra parte, hasta qué punto ese impacto está marcado por un acercamiento diferente a la vulnerabilidad. El escenario chileno es en donde primero se hace visible el debate (y no solo el relato) de la violencia sexual a través de uno de los casos más controversiales, como es el testimonio de Luz Arce (1993), uno de los más conocidos y debatidos testimonios del Cono Sur, *El infierno*, que puede servir como punto de partida para repensar la construcción (y el desmontaje) de saber que pone en movimiento. Es ésta la historia de una militante que luego de su captura termina trabajando a sueldo para la Dirección de Inteligencia Nacional de Chile.⁶ La narración pone en escena, desde el vamos, esa “singularidad” que se narra y que se condensa en la afirmación acerca de la dificultad de nombrarse a sí misma: “Me llamo Luz Arce. Me ha costado mucho recuperar este nombre” (1993: 19). La vulnerabilidad del sujeto narrativo está anclada en la del cuerpo, la de un cuerpo que al exponerse en la narración pone en el escenario de lo visible la violencia sexual, sus efectos aniquiladores de la subjetividad y toda una serie de interrogantes que, aunque Arce no formula, están presentes respecto de la definición misma de la violencia y que apuntan a las interpretaciones que desde el patriarcado se han formulado en relación a la “singularidad” de la traición femenina. Esta serie de preguntas que transcribo a continuación pueden leerse como la respuesta que formula Arce (1993: 134) en su testimonio:

Hay personas que me han dicho: ¿No se te ocurrió decir no? Y yo me doy cuenta de que no, y la razón es muy simple ¿Decir no a qué? No me violen, no me pregunten eso, no me transformen en basura... ¿No a qué?.

A través del lenguaje del cuerpo, Arce reflexiona acerca de la interpretación que acompañó la violencia corporal. Y este “exponer” la fragilidad también se ancla en las interpretaciones que se hacen sobre su propia narración

6 A Arce la capturan dos veces: la primera, es torturada y luego liberada. La segunda, después de sufrir nuevas torturas y violaciones, de la tortura de su hermano y las amenazas de no volver a ver a su hijo, comienza a colaborar con la Dirección de Inteligencia Nacional de Chile.

y sobre el lugar de la coerción en la misma. Esto último hace visible la tensión entre la acción narrativa de “revelar” y la interpretativa de “definir” a la que se refiere Cavarero (1997) cuando piensa en la narración como un arte: una revelación que tiene lugar en la narración de sí (con toda la gama de vulnerabilidades de la que esta narración da cuenta, empezando por la dificultad misma de articular su propio nombre) frente a la escucha y a la interpretación que muchas veces intentan “definir” lo revelado a través de “saberes” previos para traducirlo, en este caso, en categorías patriarcales como la de la traidora, una categoría que habitó, de forma autoritaria, la recepción de la supervivencia de las mujeres en centros clandestinos de detención. Y es en esas zonas inhóspitas del testimonio, que habita no solo la relación de Arce con sus compañeros de militancia política sino además con sus lectores (que como jueces, dictaminan qué es Luz Arce y la definen como traidora o no) donde se ejercita (o se puede ejercitar) la violencia contra la fragilidad misma de la narración, el sujeto narrativo y la víctima que se revela en esa narración.

Arce se refiere repetidamente a su dolor: “Llegué a sentir el dolor como algo concreto, como un apéndice, como un miembro más de mi cuerpo” (1993: 71). La pérdida de la conciencia del cuerpo anula la conciencia del dolor y la humillación, se ve “desde afuera”, ha perdido su propia conexión con su cuerpo (1993: 96):

[...] solo recuerdo esa sensación generalizada de dolor, como cuando me violaron la primera vez en Yucatiín, era como mirar todo desde afuera con una pena muy grande. Como si un nivel de conciencia distinto del habitual me ubicara a metros de distancia de lo que ocurría. Como observarse desde afuera y decirse al propio oído: Sí Luz, eres tú, a ti te está ocurriendo todo esto, y acabas de decir, ‘no lo odio señor’.

Considero que la cita habla claramente de esta exhibición del cuerpo que se produce en la narración así como del impacto del dolor del cuerpo en su propia subjetividad. Este texto pone la injuria corporal en la discusión sobre el testimonio mismo y su posibilidad de reconstruir una narrativa que dé cuenta de sí mismo y que, simultáneamente, exponga la destrucción de una subjetividad a manos de la violencia concentracionaria y la poética a través de la cual el sujeto narrativo intenta reconstruirla.

A ocho años de la transición democrática chilena, el testimonio de Luz Arce ponía sobre la mesa el debate público sobre la violencia sexual, exponiendo de manera evidente las interpretaciones ciegas a la coerción y al mismo tiempo generando, desde la crítica cultural posiciones que, en el caso de Nelly Richard (1998), exponían claramente la conexión entre el testimonio de la violencia sexual y la obscenidad, enfatizando el carácter de mostración que habilitaba la lectura obscena y la exposición pornográfica. Esa versión del cuerpo sufriente como un cuerpo que se vuelve obsceno, vuelve a llevar la discusión sobre las agresiones a la integridad física a la narrativa del pudor y del honor. Lo obsceno,

según el diccionario de la Real Academia Española, se define como lo “ofensivo al pudor o a la moral sexual”. Es decir, lo que el testimonio muestra entre esas llagas de dolor del cuerpo y de vulnerabilidad de una subjetividad femenina asediada por la violencia sexista, lo hace visible en un régimen visual marcado por la mirada heterosexista. Y es a la merced de esa mirada que el relato de una vulnerabilidad deviene obsceno, al ser ubicado en territorio patriarcal, donde la denuncia de las violaciones sexuales deviene una ofensa del pudor o la honestidad o el recato. Así, la narración de la violencia sexual, desvinculada de la dignidad es reinsertada en el territorio del honor. Por su parte, la escritora chilena Diamela Eltit (1996) propone pensar el testimonio de Arce a partir de las nomadías que debe transitar la mujer en una escenografía que muestra diferentes y contiguos escenarios de masculinidad (desde la militante a la autoritaria, a la neoliberal), siempre marcados por una reducción a la supervivencia. Arce transitó, sugiere Eltit (1996) con su metáfora de los cuerpos nómadas, desde la sujeción al imaginario de la militancia política a una interpelación como mujer-objeto que la deshabilita como sujeto de la militancia, la violenta a través de su cuerpo mujer y explota su subordinación a través de un abuso que la dispara fuera de los confines aceptables de la subjetividad. Su caso es ciertamente un caso controversial pero, precisamente por eso sirve para subrayar que ese poder de revelación de su narración es lo que la expone tanto al cuidado de la escucha como a su poder (o posibilidad) de injuria. Y este agravio se evidencia claramente en el pasaje de la fragilidad de la narración a su obscenidad. Después de todo, el testimonio también es vulnerable por la dificultad de dar cuenta de sí mismo y, especialmente, de la imposibilidad de dar cuenta de sí mismo fuera del contacto con otro (la escucha). Solo en ese espacio de intersubjetividad tiene lugar el gesto testimonial, a la merced de quien escucha la historia, o en este caso particular, a la merced también de esos supuestos saberes que negaron consistentemente la coerción de la violencia y le asignaron a las mujeres el estatus de sujeto autónomo únicamente (y convenientemente para el pensamiento patriarcal) en el preciso momento del abuso, la coerción y la violencia sexual. La singularidad apunta a una doble vulnerabilidad: la de quien ayer vivió ese infierno, arrinconada frente al “estado básico de la pulsión por la sobrevivencia” (Arce, 1993: 56) y la de quien hoy narra su historia y la exhibe a otros como condición para que esa narración testimonial tenga un tiempo y un lugar. Es aquí donde se evidencia que el estatuto de la vulnerabilidad precede al de la verdad, o por lo menos lo circunda.

Se disienta o no con la posición que inaugura en Chile Richard (1998), la obscenidad (el cuerpo violentado que deviene espectáculo en la clave del pudor o del honor) no puede obviarse en la lectura de testimonios de mujeres que dan cuenta de sí y de sus cuerpos, precisamente porque estos testimonios son recibidos en espacios dominados por la interpretación de violencia sexual como injuria al honor (del padre o figura masculina). Vuelvo a la vulnerabilidad

inherente a la humanidad (aquí Butler, 2005) y a su ambigüedad: la de la respuesta ética o la de la respuesta injuriosa. La visibilidad de un sujeto vulnerable surge de una posición de vulnerabilidad que fue abusada en un acto de violencia. A pesar de que el testigo se construye como tal, esa construcción depende justamente de un saber que el testigo tiene debido a esa situación de vulnerabilidad, y cuya exposición genera el dilema de la recepción: la respuesta ética o la repetición de la injuria (Cavarero, 1997).

Quiero pensar en otro escenario, ahora en Argentina, donde se manifiesta el impacto de los aportes testimoniales pero también el que el feminismo va teniendo internacional y localmente en la relectura feminista de la violencia de género. Ya en los noventa, cuando los tribunales de Ruanda y ex Yugoslavia reconocen las violaciones sexuales como delitos de lesa humanidad se produce un nuevo cambio en la forma de concebir la violencia que tiene un impacto importante en las discusiones que convergen en las históricas decisiones de la Cortes de Mar del Plata y Santa Fe en 2010 cuando reconocen que la violación que tuvo lugar sistemáticamente en los centros clandestinos fueron crímenes de lesa humanidad. Y si bien hubo narraciones que daban cuenta de las violaciones sexuales desde los testimonios de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) en Argentina, los debates que se generan después del viraje del 2003 en materia de derechos humanos comienzan a hacer visible la violencia sexual y con ella, las interpretaciones que sepultaron sus narraciones previas. Testimonios como *Ese infierno* de Munú Actis, Cristina Aldini, Liliana Gardella, Miriam Lewin y Elisa Tokar (2001) o acercamientos como el de Ana Longoni en *Traiciones* (2007) y más recientemente *Putas y guerrilleras*, de Miriam Lewin y Olga Warnet (2014) o proyectos documentales como *Lesas Humanidad* (2011) y los debates que suscitaron han resultado clave en el marco argentino para *exponer* no solo la violencia sexual sino además una larga serie de velos patriarcales que escondían y normalizaban esas formas de violencia como violencia. Si la narración testimonial tiene como parte constitutiva la escucha que la legitima o la deslegitima, muchas de estas narraciones que daban cuenta de la violencia sexual se ubicaron por largos años en un limbo a la espera de ser escuchados. La narración testimonial daba a conocer esa otra vulnerabilidad que no fue reconocida como tal sino hasta la última década y que aun hoy es recibida en receptáculos en los cuales mujeres sobrevivientes han intentado y siguen intentando dar testimonio de su experiencia frente a una cultura patriarcal que las des-legitima, asignándoles de antemano el lugar enunciativo de la mujer seducida, de la mujer transgresora, de la mujer culpable o merecedora de la violencia recibida. Contrarrestar esa marca es también una tarea de des-representación, de desmontaje de la lógica narrativa dominante y de construcción de nuevos saberes feministas, que han puesto en crisis las pautas de la masculinidad como eje de la humanidad.

Más de una década antes de estas discusiones, a mediados de los noventa, poco más de diez años del

fin de la dictadura, el documental de Andrés Di Tella, *Montoneros, una historia* (1998), contaba la historia de Ana, una militante montonera, detenida en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y luego liberada. Un importante segmento de la narración daba cuenta del juicio que caía sobre Ana, en especial a través de su compañero, Juan Silva, que antes de ser él mismo detenido (y luego desaparecido) se negó a verla por considerarla una traidora. “Juan muere pensando que yo era una traidora”, dice Ana al final. Ana Testa narra en el documental su relación forzada con Ricardo Miguel Cavallo, el represor que fue extraditado de México a España a pedido del juez Baltasar Garzón (el pedido se hace en 1999 y finalmente es extraditado en 2003). Hay una reflexión acerca de su experiencia, pero aquí Testa lo presenta como su “protector” y, al mismo tiempo, repiensa los lazos que se establecían con los torturadores y captores, como un vínculo psicópata, como un espacio que permite la sensación de compensación: “El que te va a matar te protege”. Su relato expone uno de los máximos puntos de la fragilidad del relato testimonial (sobre todo si se lo lee desde un hoy en el cual ha habido una reinterpretación feminista de la violencia sexual en los centros clandestinos). Se expone esa vulnerabilidad asociada a una narración que intenta despegarse del marco sexista de interpretación y que, al mismo tiempo, intenta explicar su sensación de vulnerabilidad como detenida. Sin las herramientas de lectura feminista que se abren paso en la década siguiente, la narradora señala las inconsistencias de las interpretaciones que se lanzan sobre ella, pero no logra articularlas completamente. Sin embargo, es su madre quien, en las menciones de las visitas de Cavallo y Ana a su casa, da cuenta de la coerción y de la puesta en escena de un poder disfrazado de familiaridad. Más de una década más tarde, el conocido texto de Ana Longoni (2007) da cuenta justamente de una lectura superpuesta a la lectura patriarcal que se hacía de la vulnerabilidad no solo del cuerpo sino del relato testimonial de las mujeres.

Otro texto central en la narración de las mujeres y las fragilidades que en ella se entrecruzan es *Ese infierno* (Actis, et al., 2001: 14), donde hay una reflexión sobre el espacio cotidiano como un cruce entre la violencia y una forzada y fingida cotidianeidad y donde la tortura y la desaparición alternan con “intempestivas e insólitas invitaciones de los secuestradores a cenar”. Narrar estas incongruencias y hacer sentido de ellas, ha sido uno de los efectos más importantes de las contribuciones de testimonios de mujeres. Las marcas sexuadas de la violencia que sufrieron las mujeres en los centros clandestinos impactan sus narraciones justamente en torno a esa reflexión sobre la fragilidad de sus cuerpos en un espacio donde la deshumanización (y reducción al cuerpo en el sentido de la nuda vida, que le da Agamben, 1998) que sufren los detenidos desaparecidos va acompañada de una clara marca de género donde se evidencia otra fragilidad, ahora asociada a la construcción sexuada de sus cuerpos.

Estas palabras de *Ese infierno* (ibíd.) puede ubicarnos en el borde de la posibilidad misma de narrar la experiencia a través de interpretaciones que tengan una expectativa de coherencia dentro de un espacio confuso e incoherente:

Yo creo que en medio de la adversidad, la oscuridad, estando sola, torturada, aislada, que haya una mano ‘buena’, alguien que te ofrezca un plato de comida, te pregunte cómo te sentís, alguien que en tu fantasía tiene poder para protegerte, por lo menos para que no te picaneeen más, para dejarte mandar una cartita a tus viejos, a tus hijos, puede llegar a desarmarte, a confundirte (Actis, et al., 2001: 99, 100).

Esta cita nos sitúa de pleno en la superposición de un nuevo pliegue de esa experiencia en el cual las conversaciones de *Ese infierno*, publicadas en el 2001, ejercitan un gesto de asombro que inaugura o anticipa lo que después serán las revisiones feministas de la experiencia de las mujeres y sobre todo de la particular vulnerabilidad de la narración y de sus cuerpos. Esta cita viene precedida de una exclamación de asombro: “¡Hasta hubo detenidas que se enamoraron de sus torturadores!” (Actis, et al., 2001: 99). Es este asombro el que parece comenzar a exponer las inconsistencias de la narración que apuntan a aquellos saberes que habían ignorado la violencia sexual como tal y que expone la ausencia de herramientas interpretativas (en el 2001) sobre esa violencia. Y es esta ausencia (esta deuda) la que se hace explícita en *Este infierno*:

Resolvimos ser sólo mujeres en el grupo, porque, para nosotras, haber pasado por el Campo [clandestino] tuvo tintes especiales vinculados con el género: la desnudez, las vejaciones, el acoso sexual de los represores, nuestra relación con las compañeras embarazadas y sus hijos (Actis, et al., 2001: 32).

La construcción de espacios éticos de lectura y visibilidad de la vulnerabilidad testimonial conciernen también a revisar y repensar los paradigmas que usamos en la construcción de saberes, porque en estos paradigmas existen definiciones del cuerpo que también están atravesadas por marcas heterosexistas que proyectan junto a la fantasía de un cuerpo invulnerable, la también fantasmiosa proyección de una narración invulnerable.⁷ El testimonio de la violencia sexual en el marco del terrorismo de estado, y en especial, estos intentos de plantear las intersecciones con la violencia de género fuera del espacio concentracionario resultan centrales en las transformaciones que se van produciendo en la cultura. También habilitan las claves interpretativas que, en definitiva, abren la posibilidad misma de interpretar la violencia de género para culminar con la incorporación de la violencia sexual en

⁷ Las propuestas de Elizabeth Jelin, ya desde los ochenta, dan cuenta de esta trayectoria. Según Jelin (2012: 71), las mujeres entran en el debate a los derechos humanos para “desenmascarar las presunciones implícitas en el paradigma dominante que toma al hombre (occidental) como el punto de referencia universal y hace diferentes o invisibles a las mujeres (y a los otros)” (la traducción es mía).

el marco del terrorismo de estado como crimen de lesa humanidad. Por otra parte, resultan actuales en cuanto a las transformaciones que se producen en el escenario de la ley en relación con la violencia de género, por ejemplo, en el caso del femicidio.

Estas son también las zonas invisibles que revela el testimonio: zonas de la narración donde la verdad de la denuncia requiere que la verdad de la revelación no sea leída desde la sospecha o desde la traición. Este cruce de vulnerabilidades (la del relato, la del cuerpo, la del dolor, la del código del honor que no se ha desalojado completamente, ni aún hoy, de las discusiones sobre la violencia sexual) hizo visible la demanda de la fragilidad del testimonio de las mujeres como una demanda a las interpretaciones sexistas que habitaron su escucha. Con esto quiero decir que las intervenciones testimoniales sobre la violencia sexual no solo exhiben la vulnerabilidad del relato y del cuerpo y la respuesta ética o injuriosa que reciben de la recepción sino que además hacen tambalear uno de los pilares sobre los cuales se construye el cuerpo femenino, la subjetividad femenina y la narración femenina como vulnerables dentro de la construcción de saber no marcada (pero masculina y heterosexista).

Y es aquí donde se hace pertinente agregar, para acercarnos a los testimonios de mujeres que dan cuenta de abusos sexuales, no sólo esta vulnerabilidad que habita la narración, en Cavarero (1997) y Butler (2005), sino además la vulnerabilidad corporal según la entiende, también desde la filosofía, Debra Bergoffen (2012), que propone la categoría de *cuerpo vulnerable* como paradigma no sólo de la corporalidad (y por lo tanto de la vulnerabilidad) sino de además de la invulnerabilidad (fantasmal) del cuerpo masculino. En su acercamiento a la corporalidad, Bergoffen (2012: 101-103) pone en juego una invulnerabilidad que no es tal sino que se proyecta como fantasía no marcada de la masculinidad, incluso en el discurso de los derechos humanos. La vulnerabilidad femenina, sugiere Bergoffen, es el sitio en el cual se pone en escena la negación de la fragilidad del cuerpo humano (masculino y femenino). Al centrarse en el diálogo entre los derechos humanos y la vulnerabilidad, Bergoffen entiende la dignidad humana como coexistente con la vulnerabilidad del cuerpo. Hay dos vulnerabilidades que se entrecruzan, la vulnerabilidad de la narración testimonial y la del cuerpo, las dos atravesadas por dos fantasías de invulnerabilidad: la fantasía masculina de la invulnerabilidad del cuerpo y la fantasía del logos, del lenguaje articulado y la construcción del saber invulnerable. Si bien las lecturas de Cavarero (1997) y de Butler (2005) apuntan a la relación vulnerabilidad y ética, agregar al escenario de discusión la lectura que hace Bergoffen (2012) de la vulnerabilidad nos permite entender que la disputa del testimonio no concierne solo a las interpretaciones (de cuidado o injuria) que los lectores puedan hacer, ni a la respuesta ética frente al testimonio. No hay solo un cuestionamiento de esas interpretaciones o de las versiones autoritarias que intentan corregirse a través de la práctica testimonial, sino que además hay un cuestionamiento de la noción misma

de verdad y los paradigmas que se usan en la construcción del saber, paradigmas que privilegian la masculinidad y la invulnerabilidad del cuerpo y del lenguaje articulado. Dentro de este paradigma, las vacilaciones, los silencios, las modulaciones y las poéticas que intentan dan cuenta de lo que el lenguaje no logra registrar, no parecen tener un lugar en la construcción del saber. Tal vez es preciso enfatizar este cruce de fragilidades como uno de los aspectos clave del aporte testimonial y más aún en el caso de las mujeres, porque dan cuenta no solo de las lagunas del saber sino además de que muchas de esas lagunas están ancladas en el género y en la proyección de la masculinidad invulnerable como fantasía.

En un ensayo de Jelin (2017: 240), que retoma varios de los problemas que venía pensando respecto de la violencia sexual, la memoria y el testimonio desde hace algunas décadas (pero que sobre todo re-elabora argumentos del 2012), se sugiere hacia el final y a modo de conclusión una serie de preguntas que quiero citar porque me parecen centrales para la discusión que propongo en estas páginas: "La cuestión no es si ocurrió o no la violencia sexual sino cómo encarar el testimonio: ¿cuantos testimonios personales se necesitan? ¿con cuanto detalle? ¿ante qué audiencias?". A estas preguntas sigue una reflexión que pone nuevamente sobre la mesa el dilema que se presenta a las sobrevivientes (y Jelin lo enfatiza como una presión) entre "trasparentar su cuerpo y su intimidad ante la mirada social (que puede caer en una espectacularización del terror. y la urgencia de mantener o recuperar una intimidad vejada, guardada para sí, o para compartir con quienes se elige hacerlo". Y frente a esta puesta en escena de una vulnerabilidad anclada en lo íntimo y lo doméstico (y que se expone necesariamente dentro de un espacio marcado por una clara distinción entre lo privado y lo público), el silencio y sobre todo, "el derecho al silencio" es lo que Jelin enfatiza como conclusión, para referirse a los silencios de quienes eligen no narrar.

En ese derecho a la voz y al silencio reside uno de los nudos centrales de los estudios del testimonio y de la construcción de saber a partir del testimonio. Y en el marco de la violencia sexual, porque el devenir pornográfico de relatos que dan cuenta de esa agresión no es solo un riesgo, sino una posibilidad contundente, por lo cual, además de los silencios y de las voces (las voces pueden articularse muchas veces a través de desplazamientos que se acercan y se escapan de la narración), resulta importante el análisis de la visualidad del testimonio y de los pactos que se establecen entre las miradas frente al horror, un tema que ha generado no pocas reflexiones académicas pero que sigue siendo un terreno minado por la masculinidad heteronormativa. Sin embargo, resulta importante recordar también que los silencios pueden producir otro tipo de vulnerabilidad al quedar cercados la posibilidad de que se asocie lo inaudible a lo inexistente. Y la lucha de muchas mujeres que eligieron dar sus testimonios está anclada justamente en la construcción de un evento que antes no existía como tal (sino que era reducido a una cuestión de honor o de traición) porque había quedado sepultado

en el silencio.

El testimonio, en diferentes formatos (desde declaraciones de en la CONADEP, en juicios, en archivos orales, en documentales, en textos testimoniales) convoca nuevos diseños en la construcción del saber: no sólo los que apuntan a la narración sobre el pasado y a la memoria para el porvenir sino también los que dan cuenta de las paradojas que habita el testimonio y de las zonas pantanosas sobre las cuales se erigen supuestos saberes, como los asociados a la violencia sexista. Como práctica inacabada y en constante transformación, el testimonio también expone a los paradigmas de verdad como asociados a los lenguajes dominantes que los sustentan (y en los cuales, la queja feminista debe hacerse oír, en términos de que son justamente esos lenguajes los que acallan la posibilidad de las mujeres de narrar sus experiencias, como todos los recientes debates acerca del género, la violencia y sobre todo la interpretación de la violación sexual, vienen a poner sobre la mesa).

Si bien no puede deslindarse el testimonio de la noción de verdad, tampoco puede abordarse desde una suspensión ni de la opacidad del lenguaje y de las diferentes capas de imposibilidades que habita la narración ni desde la tiranía de interpretaciones que abusan de la vulnerabilidad en el momento de la escucha. La verdad testimonial se articula justamente en la vulnerabilidad del cuerpo y del relato porque el testimonio (sobre todo el literario y el visual que discutí en estas páginas) revela una verdad que no siempre queda articulada en el relato cronológico que busca reconstruir el evento del pasado. Por una parte, la vulnerabilidad

del cuerpo mismo expuesto frente a otros es una de las verdades que el testimonio viene a poner en escena, debido a la fuerza con la que exhibe que la representación del evento no está solo limitada a una articulación simbólica sino que está anclada en lo corporal, y en especial en esa vulnerabilidad abusada en el pasado como el lugar donde se ancla la verdad. Es justamente la narración y su frágil opacidad la que da cuenta de ese contorno de la verdad que es el excedente de los juicios o las comisiones de investigación: la verdad de lo que se transmite como saber inexpresable, una verdad habitada de desbordes, fragmentos, desplazamientos y confusión, la verdad anclada en el trauma, que es la que la literatura y las prácticas visuales logran si no representar, al menos transmitir. Solo una construcción de saberes que ubique en un lugar visible la vulnerabilidad del cuerpo como rasgo esencial del ser humano (y no solo de la mujer) puede hacer visible también una ética que no pasa ni por el paternalismo frente a la debilidad de los otros, o frente a la opacidad de las narraciones que intentan dar cuenta de atrocidades, ni por la negación de la vulnerabilidad a través del refugio en fantasías masculinas y los paradigmas que los reescriben. Se trata tal vez de repensar al testimonio en relación con el cuerpo y no solo con el cuerpo que se expone en el relato sino con el otro cuerpo, con el que exhibe en nuestra propia escucha de la corporalidad, es decir, en relación con esas otras opacidades e incoherencias: no ya del relato testimonial sino de las nuestras propias al escucharlo o al pretender construir saberes sin grietas y sin vulnerabilidades.

Fecha de recepción: 13 de marzo de 2018

Fecha de aceptación: 9 de mayo de 2018

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Actis, M., Aldini, C., Gardella, L., Lewin, M. y Tokar, E. (2001). *Ese infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Stanford: Stanford University Press.
- Agamben, G. (2000). *Remnants of Auschwitz: The Witness and the Archive*. New York: Zone Books.
- Arce, L. (1993). *El infierno*. Santiago de Chile: Planeta.
- Bergoffen, D. (2003). "February 22, 2001: Toward a Politics of a Vulnerable Body". *Hypathia*, 18(1): 116-134.
- Beverley, J. (2004). *Testimonio: On the Politics of Truth*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Butler, J. (2005). *Giving Account of Oneself*. New York: Fordham University Press.
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia: una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. Buenos Aires: Norma.
- Caruth, C. (1996). *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative and History*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Caruth, C. (2013). *Literature in the Ashes of History*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Carvajal, M. (7 de enero de 2011). "El crimen silenciado: ataque sexual como delito de lesa humanidad", en *Página/12*.
- Carvajal, M. (17 de enero de 2011). "Casi todas sufrieron abusos", en *Página/12*.
- Cavarero, A. (1997). *Tu che mi guardi, tu che mi racconti: filosofia della narrazione*. Milan: Giangiacomo Feltrinelli Editore.
- Blanchot, M. y Derrida, J. (2000). *The Instant of my Death/Demeure: fiction and testimony*. Stanford: Stanford University Press.
- Eltit, D. (1996). "Cuerpos nómadas". *Debate feminista*, 14: 101- 104.
- Fabbri, E. (2007). *Oblivion*. Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido.
- Forcinito, A. (2012). *Los umbrales del testimonio: entre las narraciones de los sobrevivientes y las marcas de la posdictadura*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert.
- Forster, R. (2003). *Crítica y sospecha: los claroscuros de la cultura moderna*. Buenos Aires: Paidós.
- Jelin, E. *Los trabajos de la memoria*. (2002). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Jelin, E. (2012). "Sexual Abuse as a Crime Against Humanity and the Right to Privacy." *Journal of Latin American Cultural Studies*, 21(2): 343-50.
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado: como construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Kauffman, S. (2014). "Violencia y testimonio: Notas sobre la subjetividad y los relatos posibles". *Clepsidra*, 1(1): 100-13.
- *Lesía Humanidad*. (2011). [Film]. Luis Ponce. Dir. Buenos Aires: Programa de Violencias de género en contextos represivos.
- Laub, D. (1992). "Bearing Witness or the Vicissitudes of Listening." En *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*. Eds. Felman, Shoshana and Dori Laub. New York: Routledge.
- Laub, D. (1992). "An Event without a Witness" En *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*. Eds. Felman, Shoshana and Dori Laub. New York: Routledge.
- Lewin, M. y Wolmat, O. (2014). *Putas y guerrilleras: Crímenes sexuales en los centros clandestinos de detención, la perversión de los represores y la controversia en la militancia*. Buenos Aires: Planeta.
- Longoni, A. (2007). *Traiciones: la figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.
- *Montoneros, una historia*. (1998). [Film]. Andrés Di Tella, dir. Buenos Aires: CineOjo.
- Pollack, M. y Heinich, N. (1986). "Le temoignage". *Actes de la Reserche en Science Sociales* 62-63: 3-29.
- Real Academia Española. [online]. s.v. Obsceno. [Accedido el 19 de junio de 2018]. Disponible en <http://dle.rae.es>
- Richard, N. (1998). *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Sonderegger, M. (2000). "El debate sobre el pasado reciente en Argentina: entre la voluntad de recordar y la voluntad de olvidar". *Hispania*, XXIX, 87: 3-15.
- Strejilevich, N. (1997). *Una sola muerte numerosa*. Miami: North-South Center Press.
- Strejilevich, N. (2006). *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. Buenos Aires: Catálogos.
- *Taller Género y Memoria ex-presas políticas. Memoria para armar – uno*. (2001). Montevideo: Senda.
- Viñar, M. y Viñar, M. (1993). *Fracturas de memoria: crónicas de una memoria por venir*. Montevideo: Trilce.